

La designación del espacio autobiográfico en la poética contemporánea

Elena CUASANTE FERNÁNDEZ

Universidad de Cádiz

Lejos de limitarse al ámbito exclusivo de la teoría literaria, la crítica que a lo largo del siglo XX –y de estos primeros años del XXI– se ha preocupado por las literaturas del yo se adscribe, como bien señala Hernández, a casi todas las ciencias humanas:

[...] al ser la escritura autobiográfica un compendio de relaciones entre el yo, el mundo y la escritura, intervienen en su elucidación y cuestionamiento conceptos provenientes de otras ciencias humanas tales como filosofía, historia, sociología, psicología, psicoanálisis, etc., etc., dando origen a uno de los debates más complejos de la moderna teoría de la literatura en su concepto más amplio. (Hernández, 1993: 31)

Aunque ha sido sobre todo en los últimos cincuenta años cuando se ha producido una eclosión realmente significativa, el origen de las investigaciones sobre la cuestión se remonta a finales del siglo XIX. A partir de esta fecha, y en un periodo que ocupa ya más de un siglo, la crítica ha seguido una clara evolución que pasa por tres etapas fundamentales; tres etapas que, como bien indica James Olney (1980a: 3-27), coinciden curiosamente con las tres componentes semánticas de la palabra *auto-bio-grafía*¹. A grandes rasgos, la evolución que Olney describe puede resumirse como sigue: en un primer momento (*bios*), las escrituras del yo interesan a filósofos e historiadores como excepcionales fuentes de acercamiento a la interpretación de la realidad histórica; en

¹ Este itinerario en tres etapas que Olney propone ha sido recogido por la mayoría de los historiadores de la crítica del yo, entre ellos Loureiro (1991: 3); Hernández (1993: 32) y Scrivano (1997: 26-27). Con todo, conviene destacar aquí como en este proceso, una parte importante de la crítica ha explotado al máximo la rentabilidad del término “autobiografía” –su capacidad para remitir simultáneamente a un proceso existencial (*bios*), a una identidad (*autos*) y a una actividad (*grafé*)–, recurso al sentido más amplio de la palabra que puede llevar a confusión. Lo que suele suceder en realidad es que, si bien se observa una clara tendencia a mencionar la autobiografía en los títulos de las obras, el contenido efectivo de las investigaciones es casi siempre una revisión global de las literaturas del yo. Es el caso, por ejemplo, de los trabajos de Philippe Lejeune, Georges May, Damien Zanone o Jaques Lecarme et Éliane Lecarme-Tabone.

una segunda fase (*autos*), el interés de la crítica antropológica y literaria se desplaza al problema de la identidad y a la posibilidad misma de representarse en la escritura; finalmente, la tercera y última etapa de este proceso (*grafé*) constituiría un cuestionamiento definitivo de las teorías anteriores que convierte al lenguaje y al destinatario en responsables últimos de la representación del yo². En términos más sencillos, el objeto de los estudios se ha ido desplazando del texto al contexto, del texto al sujeto y, por último, del texto al lector, desplazamiento que, como veremos a continuación, tiene repercusiones inmediatas en la manera de designar el espacio autobiográfico.

Las prácticas textuales que generalmente englobamos bajo sintagmas como “literaturas del yo” “escrituras del yo” “escritura autobiográfica” etc., constituyen una realidad plural y diversa. En la medida en que se sirve de numerosos y muy diferentes instrumentos formales –que se sitúan a menudo en las fronteras que separan lo literario y lo no literario, la realidad y la ficción–, la representación del yo se resiste a una sistematización rigurosa, de suerte que la primera operación de la investigación crítica, la que consiste en delimitar el objeto de estudio, se convierte en una tarea particularmente compleja.

No es fácil, en efecto, referirse con exactitud a la amplia gama de producciones textuales que tienen como punto de partida la expresión del yo. Si nos atenemos a la bibliografía sobre la cuestión, nos encontraremos con expresiones forzosamente vagas, expresiones todas ellas que cada estudioso, en función de su filiación humanística y de sus objetivos, define un poco a su manera –esto en el mejor de los casos, pues a menudo sucede que, dado que todos tenemos una idea aproximativa de lo que tales expresiones indican, su definición se da por sentada. No se trata, además, de un mero problema de inestabilidad terminológica; existen igualmente divergencias, y esta vez de mayor alcance, en lo que se refiere a los ámbitos de aplicación, es decir, al conjunto de obras e incluso de géneros que han de tomarse como objeto de análisis; así, y según la perspectiva adoptada, los diferentes estudios incluyen o rechazan respectivamente los escritos no literarios, las obras de ficción o los textos redactados en primera o tercera persona.

² Cfr., la excelente síntesis de Loureiro (1991: 3-7).

Una de las primeras diferencias que se observan entre los críticos es la oscilación entre “escritura” y “literatura”³. Prefieren hablar de “escrituras del yo”⁴ quienes, desde las ciencias humanas ajenas a lo literario, se interesan por el texto como medio para llegar al individuo: desde la perspectiva antropológica, por ejemplo, todo escrito redactado en primera persona, independientemente de su valor literario, nos informa acerca del sujeto que lo ha creado; lo importante aquí no es el texto en sí, sino el proceso de reconstrucción de sí mismo que el individuo lleva a cabo en y a través de la escritura. Uno de los máximos defensores de esta vía, y con ello de la denominación de “escrituras” frente a la de “literatura” es Georges Gusdorf. Para Gusdorf el sujeto se cuenta, pero sobre todo se crea a sí mismo a través de la escritura; el relato autobiográfico, más que reproducir el pasado, es el resultado y el proceso de una búsqueda de identidad. Así el crítico no duda en señalar en su artículo de 1956 “Conditions et limites de l’autobiographie” que la lectura de los textos que privilegian la representación del yo ha de ser prioritariamente antropológica; en segundo lugar, literaria; y sólo en última instancia histórica.

La signification de l’autobiographie doit donc être cherchée par-delà le vrai et le faux, tels que les conçoit le bon sens ingénu. Elle est sans doute un document sur une vie, et l’historien a parfaitement droit d’en contrôler le témoignage, d’en vérifier l’exactitude. Mais il s’agit aussi d’une œuvre d’art [...]. Fiction ou imposture, la valeur d’art est réelle [...]. La fonction proprement littéraire, artistique, a donc plus d’importance que la fonction historique et objective, en dépit des prétentions de la critique positiviste d’hier et d’aujourd’hui. Mais la fonction littéraire elle-même, si l’on veut vraiment comprendre l’essence de l’autobiographie, apparaît encore secondaire par rapport à la signification anthropologique. Toute œuvre d’art est projection du domaine intérieur dans l’espace extérieur, où il vient, en s’incarnant, prendre conscience de soi-même. D’où la nécessité d’une critique seconde qui, au lieu de vérifier la correction matérielle du récit ou de mettre en lumière sa valeur artistique, s’efforce d’en dégager la signification intime et personnelle, en le considérant comme le symbole, en quelque sorte, ou la parabole, d’une conscience en quête de sa propre vérité. (1956/71: 233-234)⁵

No vuelve Gusdorf a estudiar específicamente las escrituras del yo hasta 1991, en

³ Hablamos en términos generales, pues es sabido que, en razón de su extensión semántica, los términos “escritura” y “literatura” se utilizan a menudo como sinónimos y llegan a incluirse recíprocamente: en su sentido más amplio, la palabra “literatura” designa un conjunto de escritos –e incluye pues, paradójicamente, la escritura “no literaria”–; a la inversa, la escritura es un proceso comunicativo en el que la literatura queda comprendida –más aún a partir de los años 60 y de la aplicación del término al proceso de “reconstrucción del mundo” con relación a un determinado imaginario.

⁴ Con la variante “écriture de soi”, que últimamente se ha ido imponiendo sobre todo en el ámbito del psicoanálisis (cfr. Chiantaretto, 1996, 1998, 2000).

⁵ Citamos este artículo por la reedición en Lejeune en *L’autobiographie en France* (1971: 217-236).

su voluminoso ensayo *Lignes de vie*, donde la jerarquía anteriormente citada parece haber variado en perjuicio de la literatura que pasa ahora a un tercer y último lugar:

L'individu qui s'adonne aux écritures du moi n'utilise pas l'écriture comme un instrument d'une création d'art. [...] les écritures du moi, dans leur masse, et depuis leurs lointaines origines, ne relèvent pas de la littérature littéraire; elles ne sont littéraires que d'une manière subalterne et par occasion. (1991a: 284-285)⁶

Parece claro que para la antropología cultural, el valor de una autobiografía está en relación directa con el conocimiento de una personalidad y que el texto más revelador no es necesariamente el mejor redactado (*Id.*: 247-248). Con todo, creemos que aunque ajustada, la utilización de la expresión “escrituras del yo” presenta un gran inconveniente, a saber su carácter global; como Georges Gusdorf indica, “écrire, c'est toujours écrire moi” (1991b: 123), y, más tarde:

[...] toutes les écritures sont autobiographiques, révélatrices de l'identité du scripteur, alors même qu'il ne songe pas à parler de soi. Le caractère autobiographique peut être plus ou moins accusé, mais il peut arriver qu'une autobiographie prétendue en dise moins sur son auteur que des textes où il s'est livré sans le savoir, par pure inadvertance. (*Id.*: 138)

En efecto, lo quiera o no, el escritor transmite en sus textos una visión del mundo que le es específica, una visión del mundo que a su vez constituye el reflejo de su propio yo. El carácter necesariamente individual de la escritura obliga pues a Gusdorf a precisar con mayor exactitud lo que entiende por escrituras del yo:

[...] la définition des écritures du moi suscite bien de difficultés [...]. Le plus prudent, pour commencer, serait de caractériser un usage privé de l'écriture, regroupant tous les cas où le sujet humain se prend lui-même pour objet du texte qu'il écrit. La littérature du moi, en sa plus vaste ampleur, est l'écriture du «je», destinée à autrui ou réservée à la consommation personnelle. Encore faut-il que la première personne ainsi utilisée ne soit pas seulement une fiction grammaticale ou un procédé rhétorique. Lazarillo et Robinson Crusoe s'expriment sur le mode du je, sans que cela engage personnellement le scripteur qui utilise leur personnage comme une identité fictive. Pareillement, le je de chacun d'entre nous, en toutes sortes de documents écrits, se maintient dans la zone de l'impersonnalité, menue monnaie de la présence au monde dans les relations sociales. Une signature autographe, si respectable soit-

⁶ En efecto, Gusdorf expresa ahora una mayor afinidad con la lectura histórica tal y como la habían practicado Dilthey y sus discípulos –“la découverte de soi, telle que l'exposent les écritures du moi, porte la marque de l'historialisation de la cultura” (*Id.*: 19)– llegando incluso a afirmar, contra lo que había defendido en 1956, que la autobiografía es un instrumento privilegiado del conocimiento histórico, pues permite al historiador ver la realidad con los ojos de quienes la vivían (*Id.*: 19 y 21). *Cfr.* también (*Id.*: 140-142).

elle, ne représente que le degré zéro de l'autobiographie. L'écriture du moi suppose la présence du moi, l'adhésion, l'adhérence de l'être personnel. (1991a: 122)

A pesar de su extensión, esta definición no deja de ser problemática en ciertos aspectos. Se recogen aquí tres condiciones fundamentales: el desarrollo dentro del ámbito de comunicación de lo privado, la adhesión a lo escrito del ser en su totalidad y, por último, la existencia real del sujeto que dice “yo” –lo que supone el rechazo de la ficción novelesca. Aunque sólo las dos primeras exigencias parecen en principio conflictivas –por una parte, es difícil hablar de uso privado en una actividad a menudo destinada a la publicación; por otra, la adhesión del ser a la escritura no es algo fácilmente cuantificable–, también lo es la tercera, más aún cuando la crítica posterior al estructuralismo se ha encargado de desintegrar la referencialidad autobiográfica afirmando que todo yo construido en el lenguaje es forzosamente una ficción. Sucede además que no es la única definición que se ofrece en el primer volumen de *Lignes de vie*; en otros lugares de esta obra, Gusdorf propone definiciones similares pero no idénticas, en la que las tres condiciones de la definición aparecen mucho más difuminadas:

Le plus simple, le plus prudent est d'homologuer comme écriture du moi tout texte rédigé à la première personne où l'auteur porte témoignage de sa propre vie. (*Id.*: 57)

Les écritures de la première personne constituent un domaine immense et solidaire, au sein duquel doivent cohabiter tous les textes rédigés par un individu s'exprimant en son nom pour évoquer des incidents, sentiments et événements qui le concernent personnellement. (*Id.*: 145)

Por razones obvias, en el dominio de la teoría literaria se aplica de manera mayoritaria el término “literatura”⁷ acompañado de una serie de adjetivos que intentan englobar el repertorio completo de textos que se dedican a la representación del yo y que, en general, resultan poco satisfactorios. Uno de los sintagmas más utilizados es,

⁷ No obstante, también aquí se presentan no pocas excepciones: en los últimos años, la expresión “escrituras del yo” se ha extendido considerablemente, aplicándose ocasionalmente sobre corpus exclusiva y manifiestamente literarios, tal y como sucede en el número especial que la revista *Magazine littéraire* ha dedicado a la cuestión (*cf.* n° 409, mayo 2002), en el que los textos analizados son todas obras consagradas de la historia de la literatura. Además de la capacidad semántica de la expresión, a la que ya nos hemos referido, esta asimilación podría deberse a la evolución de teóricos tradicionalmente literarios como Lejeune, cada vez más centrados en textos no literarios, o al hecho de que hablar de “escritura” elimina la compleja cuestión de la calidad literaria de lo analizado.

por ejemplo, el de “literatura íntima”⁸, que parece designar una actividad que, desarrollándose en el estricto ámbito de lo privado, comunica una temática que en principio estaría reservada al propio sujeto. El primer inconveniente que aquí aparece es el carácter impreciso de la propia noción de intimidad. Como señalan Lecarme y Lecarme-Tabone ésta [la intimidad] “varie considérablement d’un scripteur à l’autre : l’intime est pour celui-ci le sentimental et le sexuel, pour celui-là le spirituel et le métaphysique, pour l’un ses lectures, pour l’autre ses écritures, pour tel le politique et pour tel le financier” (1997/99 : 244). Se trata además de una noción que, en palabras de Béatrice Didier resulta “assez peu scientifique et plutôt étrangère à la conscience moderne” (1976/91: 8). Ni siquiera el género del diario, en el que el adjetivo “íntimo” está más consolidado, queda libre de la suma de contradicciones que se encierran en tal apelación:

Intime le journal, parce qu’il doit échapper aux indiscretions d’autrui? Mais l’autre n’est-il pas toujours présent finalement? Et certains auteurs n’organisent-ils pas eux-mêmes une publication dès leur vivant? Intime, parce qu’il n’y est question que de l’homme privé? Mais ces cloisonnements sont-ils possibles? Il serait arbitraire d’établir des discriminations que l’auteur n’a pas su ni voulu opérer. Et comment délimiter un «dedans» et un «dehors»? Finalement il semble que le mot «intime» n’ait guère été conservé que pour écarter toute équivoque avec le journalisme. (*Ibid.*)⁹

En efecto, un diario sólo es íntimo en la medida en que no es leído y, por supuesto, en que no es publicado; el acto de la publicación es un proceso que, en palabras de Gérald Rannaud, “a fait admettre dans l’ordre de la littérature, c’est-à-dire de l’institutionnel quelque chose qui n’était jusque là que de l’ordre du privé, de l’intime” (1978: 278).

Si el adjetivo “íntimo” es poco apropiado para el caso del diario, menos aún lo es para la literatura del yo en general. En primer lugar, porque los géneros que Lejeune recoge –carta, ensayo, autorretrato y diario– derivan con facilidad hacia ámbitos interpersonales e incluso públicos: en este sentido cabe recordar que una de las funciones más comunes de la autobiografía es la función apologética, por medio de la

⁸ *Cfr.*, por ejemplo, Lejeune (1971: 32) y (1975: 15).

⁹ La idea de que el adjetivo “íntimo” se ha conservado fundamentalmente por su función distintiva con respecto a lo periodístico parece confirmarse en el hecho de que críticos como Genette (1981: 315) y Yasusuke (1987: 5) lo emplean entre paréntesis detrás del sustantivo: journal (intime).

cual el autobiógrafo intenta rehabilitar su imagen pública. En segundo lugar, y siendo la intimidad un concepto tan vago, el acceso a la misma puede llevarse a cabo desde géneros ajenos a la lista de Lejeune: el monólogo interior o el discurso indirecto libre, tal y como lo practican Joyce o Flaubert, alcanzan cotas de expresión de la intimidad que muchos géneros no ficticios no llegan a igualar.

Algo similar sucede con la expresión “literatura personal”, que muchos críticos emplean como equivalente a “literatura íntima”¹⁰. El adjetivo “personal”, aunque menos vago que el anterior, es poco apropiado en la medida en que remite a un uso privado cuyos límites sería imposible establecer, a una actividad individual que poco tiene ver con un proceso de comunicación interpersonal como el literario (*cfr.* Lecarme et Lecarme-Tabone 1997/99: 20-21). Probablemente su consolidación se deba a su rendimiento como sustituto –inapropiado– de “en primera persona”, tal y como sucede con otras denominaciones análogas del tipo “relato personal”, rendimiento que no evita la aparición de paradojas cuando menos curiosas, sobre todo en lo que se refiere a la designación de los géneros concretos. Así, tanto Lejeune como Zanone coinciden en señalar que la literatura personal, como la literatura íntima, se define a partir de la identidad entre autor, narrador y personaje, pero ello no impide que el primero cite dentro del repertorio la carta y el ensayo, no consignados por el segundo¹¹. Asimismo, la identidad entre autor, narrador y personaje excluye los géneros de ficción: dicho de otro modo, estamos ante el hecho contradictorio de que la literatura personal incluye la autobiografía, pero no la novela personal. Finalmente, observamos que la autobiografía en tercera persona quedaría en una franja fronteriza bastante nebulosa, pues pertenecería a la literatura personal sin pertenecer por ello, como es evidente, a la literatura en primera persona.

La aplicación generalizada del adjetivo “autobiográfico” a los dominios textuales

¹⁰ *Cfr.*, por ejemplo, Lejeune (1971: 48); Hernández (1993: 58) y Zanone (1996: 17).

¹¹ *Cfr.* Lejeune (1971: 15) y Zanone (1996: 109). En realidad, y a pesar de su filiación formalista, Lejeune no es demasiado preciso en sus definiciones: es curioso que dentro de la literatura íntima sólo cite la carta, el ensayo, el autorretrato y el diario íntimo (1971: 32), dejando aquí de lado la autobiografía, a la que más tarde se refiere como un género de la literatura personal (*Id.*: 48). No queda claro, en suma, si Lejeune identifica literatura íntima y literatura personal o si establece entre ellas algún tipo de distinción implícita como la que recientemente ha establecido Sébastien Hubier quien distingue la literatura íntima: es decir la literatura no destinada a la publicación de la literatura personal, la literatura que tiene como principal fin el conocimiento de uno mismo (*cfr.* 2003: 33).

de los que venimos hablando –es la opción, por ejemplo, de Francisco Javier Hernández (1993: 33-49)¹²– tampoco resulta, a nuestro entender, suficientemente aclaratoria. No todas las literaturas del yo tienen necesariamente una componente autobiográfica. Del mismo modo, si aceptamos que la literatura autobiográfica es aquella que expone sentimientos o episodios basados en la vida real del autor, el concepto deja de ajustarse a los textos que se enuncian en la forma del yo, dado que la coincidencia temática puede expresarse en multitud de géneros y, desde luego, por medio de escritos en primera o tercera persona.

Tocamos aquí una cuestión especialmente delicada: la identificación que a menudo se ha producido entre la autobiografía y las literaturas del yo. De los peligros de tal identificación, en cuyo origen está el hecho de que la palabra “autobiografía” puede emplearse tanto en sentido amplio como en sentido estricto, ya nos advertía Lejeune en *L'autobiographie en France*:

«Autobiographie» est employé souvent dans un sens strict [...] pour désigner, par opposition aux mémoires, un «récit de vie» centré sur l'histoire de la personnalité. Mais le mot a été très longtemps (est encore aujourd'hui) employé de manière beaucoup plus lâche et plus générale pour désigner toute forme d'écrits où l'on parle de soi directement (aussi bien le journal intime ou les mémoires que l'autobiographie proprement dite), ou même tout écrit dans lequel le lecteur suppose que l'auteur transpose son expérience personnelle. D'où une grande confusion, ces différents types d'écrits (journal intime, roman autobiographique, etc.) étant justement ceux par opposition auxquels se définit l'autobiographie strictu sensu. (1971: 10)

Y más tarde en “Le pacte autobiographique (bis)”:

Ces deux sens, strict et large, sont encore aujourd'hui les deux pôles de l'emploi du mot. Le succès du mot «autobiographie» est sans doute lié à la tension entre ces deux pôles, à l'ambiguïté ou à l'indécision qu'il permet, au nouvel espace de lecture et d'interprétation qu'il rend possible, aux nouvelles stratégies d'écriture qu'il peut désigner. Et cela d'autant plus que l'adjectif «autobiographique», qui est certainement autant employé que le substantif, a, lui, vocation à prendre plutôt le second sens que le premier: poème, roman, histoire –

¹² En realidad, Hernández opta por una actitud especialmente abierta y poco obsesionada con la terminología: “[...] escritura, espacio o discurso autobiográficos son términos que podemos emplear con seguridad, se admita o no la existencia y la definición de una autobiografía strictu sensu. Dichos términos encierran en su amplitud toda la superabundancia de sentido, toda la riqueza de formas, todo el poder de evolución y trasgresión de la literatura personal” (1993: 58). Es el caso también de Jean Rousset, que propone una asimilación casi indiscriminada: “Comme synonymes plus maniables de «récit à la première personne», je pourrai avoir recours à «autobiographie», «monologue» ou «discours personnel»” (1972: 11).

autobiographiques... (1983: 420)¹³

La distinción no es, ni mucho menos, irrelevante, pues de ella se desprenden respectivamente la sistematización o la unificación definitiva de las escrituras del yo. Incluso un crítico tan reticente a la fiebre clasificatoria como James Olney así lo señala:

[...] es necesario establecer una importante distinción entre dos palabras: el sustantivo «autobiografía» y el adjetivo «autobiográfico». A este respecto considero y sostengo que, de la misma forma que es posible que una obra sea considerada autobiográfica sin tener que ser una «autobiografía», también es posible, y soy consciente de estar siendo gratuitamente paradójico, afirmar que una obra puede ser considerada una «autobiografía» sin ser por ello «autobiográfica». Cualquiera puede reconocer que, por ejemplo, *Hijos y amantes* de Lawrence o el *Retrato del artista* de Joyce son obras «autobiográficas». Nadie diría, sin embargo, [...] que ninguna de estas dos obras es una «autobiografía». (1980b/91: 40)

Sabemos que Lejeune será el principal artífice de la reducción de la autobiografía a una forma específica –la “autobiografía propiamente dicha”–, y ello tanto con respecto a las escrituras del yo como con respecto a la ficción, pero sabemos también que el entusiasmo con el que tal reducción fue acogida al principio ha ido apagándose con el paso del tiempo. Por una parte, existen críticos como Gusdorf que hacen caso omiso de la distinción:

L'autobiographie de Victor Hugo ne se réduit pas aux recueils de notes, carnets et *Choses Vues*, journal de voyage sur le Rhin et autres écrits rédigés à la première personne, y compris les *Contemplations et l'Art d'être grand-père*. Toutes les œuvres majeures et mineures de Hugo doivent être considérées comme des «métaphores» de Hugo. (1991a: 245)

Por otra parte, y como veremos más adelante, la crítica posformalista ha ido cuestionando sucesivamente las bases teóricas del método de Lejeune. Poco a poco, se ha visto cómo los rasgos definitorios de la autobiografía propiamente dicha, confrontados con los textos concretos, constituyen más bien un conjunto de dominantes textuales cuyo valor es estrictamente clasificatorio. Además, la identidad entre el yo que cuenta y el yo contado, que se propugna como punto de partida del pacto referencial, es más que discutible: en la escritura, el sujeto se reconstruye a sí mismo hasta convertirse en personaje, de suerte que la autobiografía es una forma más de la ficción. Recordemos

¹³ Cfr., en el mismo sentido, Zanone (1996: 7-8) y D'Intino (1997: 280).

que el propio Lejeune acaba reconociendo esta circunstancia: “quand on sait ce que c’est écrire, l’idée même de pacte autobiographique paraît une chimère: tant pis pour la candeur du lecteur qui y croira. Écrire sur soi est fatalement une invention de soi” (1991: 58). Dicho de otro modo, la única teoría en la que se basaba la distinción entre autobiografía y escrituras del yo, más aún, entre autobiografía y literatura en general, se ha visto seriamente comprometida.

La revisión que hemos llevado a cabo hasta aquí viene a mostrar que, enfrentada a la compleja realidad architextual que constituyen las escrituras del yo, la teoría literaria no ha logrado fijar una red instrumental verdaderamente estable; más bien nos encontramos ante un conjunto indeterminado de conceptos y teorías, lo que nos obliga a optar por una denominación y por un corpus metodológico concreto.

Por mi parte, considero que para quienes, como es mi caso, se interesan por los textos literarios, la opción más apropiada, o al menos la más explícita es, por razones evidentes, la de “literaturas del yo”. Por sorprendente que parezca, el empleo de esta denominación es escasísimo, pues sólo aparece fugazmente en los trabajos de Lecarme y Lecarme-Tabone –una sola vez– y de Zanone –también sólo una vez, en el glosario final, y como sinónimo de “literatura personal”¹⁴–, con respecto a los cuales conviene precisar algunos aspectos. En primer lugar, nuestra concepción de las literaturas del yo difiere notablemente de la que propone Zanone, quien se refiere a ellas como “ensemble des genres littéraires qui mettent en œuvre l’identité entre l’auteur, le narrateur et le personnage principal (autobiographie, mémoires, journal intime, autoportrait)” (1996: 109). Acabamos de señalar que la identidad entre autor y personaje es un criterio extremadamente subjetivo que hay que manejar con muchas reservas. Hemos preferido por ello dejar de lado la cuestión de la identidad en favor de un criterio puramente lingüístico: por “literaturas del yo” entenderemos pues el conjunto de prácticas textuales que emplean el pronombre personal “yo” como forma enunciativa¹⁵. La adopción de

¹⁴ *Cfr.*, respectivamente, (1997/99: 19) y (1996: 109).

¹⁵ Antes que nosotros, y en el marco de la elaboración de una tipología lingüística de las formas literarias, Jacques Chocheyras se ha servido de las distinciones enunciativas de Benveniste, lo que le ha llevado a referirse a las literaturas del yo como “formas literarias subjetivas” (1978: 226). Si bien la teoría de la expresión de la subjetividad en el lenguaje nos parece un punto de partida interesante, es el propio Chocheyras quien escribe entre comillas un término que, en efecto, es susceptible de designar realidades textuales de muy diversa condición: en la medida en que es la expresión de un sujeto, toda literatura es

este criterio tiene como principal consecuencia la inclusión dentro de las literaturas del yo de la novela en primera persona, perspectiva poco usual en el campo de estudios en el que nos movemos, pero que a nuestro entender se justifica doblemente.

En primer lugar, creemos que, en un campo de estudios en el que la disolución de fronteras genéricas es un hecho consumado, el criterio lingüístico es un referente metodológicamente más sólido que otros como el de la identidad, y permite por tanto un análisis más riguroso –no somos en este sentido los únicos en acudir al pronombre personal como punto de referencia. En su reciente estudio colectivo sobre la novela en primera persona, Forest y Gaugain (2001: 9) han optado por el título *Les Romans du je* frente a denominaciones como “novela personal”, “novela autobiográfica” o “autoficción”, que les parecen menos específicas.

En segundo lugar, porque si, como es comúnmente admitido, las literaturas del yo constituyen un amplio abanico de prácticas que van desde la autobiografía propiamente dicha a la ficción, no existen razones para excluir la novela¹⁶. Independientemente de que sea o no una instancia ficticia –y de hecho siempre lo es en la medida en que se construye por la escritura–, el “yo” que se enuncia a sí mismo en el texto nos invita a revivir una experiencia humana. Como el propio Benveniste señalara: “dès que le pronom je apparaît dans un énoncé où il évoque –explicitement ou non– le pronom tu pour s’opposer à l’ensemble il, une expérience humaine s’instaure à neuf” (1968: 68). De ahí que estemos de acuerdo con Luce Briche cuando afirma que el yo textual, incluso cuando no designa a nadie, “reste l’énonciateur d’une parole ouverte, proposant au lecteur le partage d’un certain nombre d’expériences existentielles” (2001: 439)¹⁷.

Por último, la preferencia por la denominación “literatura” en lugar de “escritura” viene igualmente dada por el carácter de muchos de los textos con los que trabajamos, en los que se dejan de lado los testimonios autográficos comunes –que sí son escrituras del yo– para recoger exclusivamente las obras que son o pueden ser consideradas como

subjetiva. Por otra parte, la tipología que Chocheyras propone categorías textuales poco afines a las establecidas por la teoría literaria como la confidencia o la evocación.

¹⁶ No deja de ser revelador que en su primer trabajo, *L’autobiographie en France*, Lejeune insistiera en que la autobiografía es una forma novela (1971: 23 y 52), idea que precisamente abandona cuando elabora la teoría del pacto autobiográfico.

¹⁷ Es precisamente esta situación la que se da mayoritariamente, y por poner sólo un ejemplo, en el caso de las denominadas literaturas emergentes –africana, magrebí, antillana, etc.–, más interesadas en contar un testimonio humano que en especificar el grado de correspondencia del mismo con la realidad.

literarias. Nuestro interés suele ser el de estudiar la realidad que los escritores y escritoras transmiten, pero también y prioritariamente el de mostrar el tratamiento literario que se da a esa realidad. En este sentido, “literaturas del yo” sintetiza adecuadamente el espíritu de quienes, como nosotros, se sitúan voluntariamente en la frontera que separa a Gusdorf y Lejeune. Si Gusdorf propugna la perspectiva antropológica en perjuicio de la perspectiva literaria –no en vano insiste en hablar de “escrituras”– y Lejeune sólo se interesa por esta última¹⁸, nosotros creemos que analizar conjuntamente los aspectos literarios y los aspectos socioculturales es conveniente y, en algunos casos como el de la literaturas emergentes, ineludible.

Bibliografía

- BENVENISTE, É. (1968) *Problèmes de linguistique générale*, Gallimard, Paris.
- BRICHE, L. (2001) “Je ou les ambiguïtés: Max Frisch, Paul Nizon, Henri Thomas”, in FOREST, Ph. et GAUGAIN, C. (dir.) *Les Romans du je*, Éditions Pleins Feux (coll «Horizons comparatistes»), Nantes, pp. 433-452.
- CHIANTARETTO, J-F. (1998) *Écriture de soi et trauma*, Anthropos Economica, Paris.
- CHIANTARETTO, J-F. (2000) *Écriture de soi, écriture de l'histoire*, Press Edition, Paris.
- CHIANTARETTO, J-F. (dir.) (1996) *Écriture de soi et psychanalyse*, L'Harmattan, Paris.
- CHOCHEYRAS, J. (1978) “La place du journal intime dans une typologie linguistique des formes littéraires”, in DEL LITTO, V. (dir.) *Le journal intime et ses formes littéraires*, Dorz, Genève, pp. 225-233.
- D'INTINO, F. (1997) “I paradossi dell'autobiografia”, in CAPUTO, R. e MONACO, M. (eds.) *Scrivere la propria vita. L'autobiografia come problema critico e teorico*, Bulzoni, Roma, pp. 275-313.
- DIDIER, B. (1976) *Le journal intime*, P.U.F., Paris, 1991.

¹⁸ Al menos así ha sido durante mucho tiempo; sabemos que posteriormente Lejeune ha ido asimilando una parte importante de las ideas de Gusdorf, y que sus investigaciones han ido derivando cada vez más hacia una perspectiva antropológica.

- FOREST, Ph. et GAUGAIN, C. (2001) *Les Romans du je*, Éditions Pleins Feux, (coll «Horizons comparatistes»), Nantes.
- GENETTE, G. (1981) “Le journal, l’antijournal” in *Poétique*, 47, pp. 315-322.
- GUSDORF, G. (1956) “Conditions et limites de l’autobiographie”, in *Formen der Selbstdarstellung, Festgabe für Fritz Neubert, Berlin, Duncker und Humblot*, pp. 105-123. Reed. in LEJEUNE, Ph. (1971) *L’Autobiographie en France*, Armand Colin, Paris, pp. 217-236.
- GUSDORF, G. (1991a) *Lignes de vie, 1. Les Écritures du moi*, Éditions Odile Jacob, Paris.
- GUSDORF, G. (1991b) *Lignes de vie, 2. Auto-bio-graphie*, Éditions Odile Jacob, Paris.
- HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, F.J. (1993) *Y ese hombre seré yo (La autobiografía en la literatura francesa)*, Universidad de Murcia.
- HUBIER, S. (2003) *Littératures intimes. Les expressions du moi de l’autobiographie à l’autofiction*, Armand Colin, Paris.
- LECARME, J. et LECARME-TABONE, É. (1997) *L’autobiographie*, Armand Colin, Paris, 1999.
- LEJEUNE, Ph. (1971) *L’Autobiographie en France*, Armand Colin, coll. “U2”, Paris.
- LEJEUNE, Ph. (1975) “Le pacte autobiographique”, in *Le Pacte autobiographique*, Seuil, Paris, pp. 13-45.
- LEJEUNE, Ph. (1983) “Le pacte autobiographique (bis)”, in *Poétique*, 56, pp. 416-433.
- LEJEUNE, Ph. (1991) “Nouveau roman et retour à l’autobiographie”, in CONTAT, M. (dir.) *L’Auteur et le manuscrit*, P.U.F., coll. “Perspectives critiques”, Paris, pp. 51-70.
- LOUREIRO, Á.G. (1991) “Problemas teóricos de la autobiografía”, in VV.AA. *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*, Suplementos *Anthropos*, 29, pp. 2-8.
- Magazine littéraire*, 409, mayo 2002 (dossier “Écritures du moi”).
- OLNEY, J. (1980a) “Autobiography and the cultural moment: A Thematic, Historical and Bibliographical Introduction”, in OLNEY, J. (ed.) *Autobiography. Essays Theoretical and Critical*, University Press, Princeton, pp. 3-27.
- OLNEY, James (1980b) “Algunas versiones de la memoria / Algunas versiones del bios: la ontología de la autobiografía”, in VV.AA. *La autobiografía y sus problemas*

teóricos. *Estudios e investigación documental*, Suplementos *Anthropos*, 29, 1991, pp. 33-61.

RANNAUD, G. (1978) “Le journal intime: de la rédaction à la publication. Essai d’approche sociologique d’un genre littéraire” in DEL LITTO V. (dir.) *Le journal intime et ses formes littéraires*, Dorz, Genève, pp. 277-287.

ROUSSET, J. (1972) *Narcisse romancier*, Corti, Paris.

SCRIVANO, R. (1997) “Teoria e critica dell’autobiografia”, in CAPUTO, R. e MONACO, M. (ed.) *Scrivere la propria vita. L’autobiografia come problema critico e teorico*, Bulzoni, Roma, pp. 25-35.

YASUSUKE, O. (1987) “Roman journal et mise en scène «éditoriale»”, in *Poétique*, 69, pp. 5-20.

ZANONE, D. (1996) *L’autobiographie*, Ellipses, Paris.